

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



LA MEJOR CORONA

Soy la corona condal.
—Y yo soy la de marqués.
—Os venzo, soy la ducal.
—Yo la corona imperial,
que vale por todas tres.

Sustentando su grandeza,
lo mismo que unas personas,
se atacaron con fiereza.
Eso tiene las coronas,
se suben á la cabeza.

Causarán gran estropicio
si una estatua de Cervantes
no les trajera á juicio,
concertando un armisticio
entre las beligerantes.

—Las cuatro sois oropel
y relumbrón de teatro,
dijo el bronce de Miguel,
no valiendo todas cuatro
una sola de laurel.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN MADRID....	Un mes.....	EDUARDO SOJO	Un trimestre.....
	» trimestre.....		» semestre.....
	» año.....		» año.....
	1 pesetas.		3 pesetas.
	2,50 ;		6 ;
	10 ;		12 ;

DENUNCIA NÚMERO DOS

El número de DON QUIJOTE correspondiente á la pasada semana, ha sido denunciado. ¿Por qué? Pues porque el señor fiscal, en su alto juicio, ha creído que atacábamos al dogma con la publicación de ciertas caricaturas que figuraban en dicho empecatado número.— ¡Miseros de nosotros que producimos el mal, que hacemos la obra del pecado de modo tan fácil, tan natural y tan sin malicia!

Parécenos, en vista de las repetidas denuncias del ministerio fiscal, en cuya alteza de ideas creemos de modo absoluto, parécenos, decimos, que estamos condenados á la realización continua y constante del mal, y que de nuestras execradas plumas no pueden salir sino palabras de abominación y escándalo.

¡Si; miseros de nosotros!

¡Mea culpa, mea culpa!

DENUNCIA NÚMERO TRES

El fiscal municipal del distrito del Hospicio, varón de romanas virtudes, paladín (ó *pidalín*) de la moral, *Luis* de afición, ha tenido á bien denunciar el folleto de nuestro querido amigo Pedro Barrantes, *El Padre Sanz*.

He aquí en qué forma da cuenta *El País* del acto realizado por ese señor fiscal, varón de romanas virtudes:

«El folleto en verso de D. Pedro Barrantes, *El Padre Sanz*, ha sido denunciado.

Lo esperábamos. Había tenido inmensa aceptación: los versos de sus páginas, principalmente el soneto que sirve de prólogo y el que hay á la conclusión, eran recitados ya de memoria por muchos; la prensa los había reproducido con las más bellas estrofas del librito.

La sensación producida entre los Luises y en todos los centros jesuíticos, había sido tan grande, que ya se hablaba el otro día sobre el próximo traslado de algunos jesuitas ya demasiado conocidos en esta corte.

Con otro gobierno todo hubiera quedado ahí; mandando Polavieja, el agente ciego ó bizzo, la hechura y brazo de los jesuitas, este éxito debía ocasionar dura y rastrera venganza como todas las clericales.

Querrellarse el P. Sanz, por creerse injuriado, habría sido proceder con cierta corrección. No, era mejor excitar al poder judicial y así se ha hecho.

El fiscal del distrito del Hospicio ha denunciado el folleto por ataques á la moral, como si dijéramos por blasfemar.

Citado el autor le hicieron oír un sermón del juez, no incluido en el programa, y luego el dictamen del fiscal, 125 pesetas de multa, el máximun, y la recogida de los ejemplares que ahora serán buscados con mayor ansiedad que antes.

Iniciado este singular procedimiento, bastante discutible, ya tenemos la manera de prohibir cuanto se publique y hasta de volver á aquellos registros en las librerías que tanto gusto dieron á los señores; allá cuando Pidal y sus mestizos daban tono á una situación.»

Y no va más, como dicen en las *piadosas* casas de juego!

YA ASOMA LA OREJA

Ya asoma la oreja la reacción.

Pasados los primeros momentos de la sorpresa que causó la subida al poder de Silvela y Polavieja, el país

casi se llamó á engaño viendo que por ninguna parte se mostraba el espíritu retrógrado del nuevo Gobierno. Se esperaban violencias y atropellos para los ciudadanos que no pensasen como el Gobierno; se creían inmediatos é inevitables los atentados á la libertad de conciencia; pero el ministerio, formado de excépticos conservadores y feroces beatos, se limitó á hacer como todos, á colocar á los amigos y repartir entre las tallas fieles el pan del presupuesto.

—Esto es una reacción de mentirijillas—gritaron muchos llamándose á engaño;—aquí no pasa nada; hasta los reaccionarios han degenerado.

Ignoran los que así se expresan, los procedimientos modernos de la reacción.

Dominaba en otros tiempos el espíritu frailuno, brutal, batallador é intrasigente. Las reacciones de los tiempos de Fernando VII, como dirigidas por franciscanos, dominicos y demás religiosos brutales é impulsivos, ahorcaban, fusilaban ó encarcelaban desde el primer momento. No se recataban para combatir el odiado espíritu de libertad; daban el cuerpo, y humillando el afeitado testuz, con el morrillo congestionado por la rabia, acometían al progreso como toros, á quienes enloquece el rojo.

Hoy el fraile, aunque todavía existe, es un bicho raro, un tipo anacrónico que se conserva para dar carácter á la decoración reaccionaria. Pero su papel no es más que el de corista de buenos pulmones. El primer actor, el que dirige la escena, el amo de todo, es el jesuita; es el sér diabólico de buenas palabras, dulces sonrisas y hechos criminales, y así resulta su obra política.

Comienza á realizarse entre nosotros la obra de la reacción y muy pocos se aperciben de ello. Es un trabajo de boa que se arrastra dulcemente, que se enrosca con suave caricia y únicamente da señales de existencia cuando tiene bien asido el cuerpo de la víctima.

El jesuitismo, director y dueño de la presente reacción, es cuchillo que se desliza verticalmente en el cuerpo de la víctima, con abertura casi imperceptible. Cuando se hunda hasta el puño, entonces girará con rápida vuelta, desgarrando las carnes y abriendo enormemente la herida.

Ahora estamos en la primera parte. No hay reacción; el gobierno no se mete en nada: ni persigue á la prensa, ni coarta el derecho de reunión (excepto á los repatriados), ni atenta á ninguna de las libertades públicas. Esto hace vivir en la más santa tranquilidad á los optimistas que no están en el secreto de los procedimientos de la moderna reacción.

Pero las impacencias de los clericales de escalera abajo, la intransigencia de esa demagogia negra que sirve de base al presente gobierno, dan á entender lo que ocurrirá aquí apenas el vividor Silvela y el fanático Polavieja se afirmen en las alturas.

En Barcelona, seres ceriles que sin duda lamentan la poca prisa que se da el gobierno en restablecer la Inquisición, se valen del Juzgado para atropellar á una señora moribunda que se niega á confesarse, y llevando al lado al juez como si fuera un monaguillo, atropellan á una familia y turban con amenazas judiciales los últimos momentos de una agonizante.

En Madrid circulan por sacristías y cofradías hojas impresas con una oración á San José, en la que se le

pide al manso y bondadoso santo el exterminio de todos los liberales, la devolución á curas y frailes de los bienes que desamortizó el gran Mendizábal y que desaparezca de la plaza del Progreso la estatua del ilustre hacendista, gloria de España. Hay que advertir que en este país uno de los primeros signos de reacción ha sido siempre la animosidad contra el monumento á Mendizábal. Fundida esta estatua en el bienio progresista del 54, no se pudo colocar hasta la revolución del 68. Los gobiernos reaccionarios de Isabel II la conservaron caída en un corral. Ahora, la patulea reaccionaria, ensobrecida por el triunfo de Polavieja, quiere derribarla y le pide á San José que inspire á los gobernantes católicos para que pronto el odiado bronce caiga hecho pedazos en un estercolero.

En el ejército no se marcan menos los primeros signos de la reacción. Aún no se ha llegado donde se desea, porque Polavieja no tiene colocada á toda su gente, y los regimientos están mandados todavía por coroneles liberales y con sentido común; pero la disposición que acaba de darse á los carabineros demuestra lo que ocurrirá dentro de poco. Mientras fué director de carabineros el general Hidalgo, militar de antecedentes liberales, las órdenes de la dirección sólo fueron encaminadas al cumplimiento del deber y á la persecución del contrabando. Ahora ha sido sustituido Hidalgo por un protegido de Polavieja, y su primera disposición ha sido ordenar á los carabineros de costas y fronteras que todos los domingos vayan á misa al pueblo más inmediato, aunque para ello abandonen el servicio y que confiesen todos los meses!

Ya escampa.

Esto es, por ahora, mientras el gobierno del P. Montaña se consolida en el poder.

Cuando crea que pisa terreno firme, cuando cuente con unas Cortes elegidas, no por el libre voto de los electores, sino por el de las cofradías, hermandades, terceras órdenes y esclavitudes, que actuarán en la próxima lucha electoral de rondas de votadores, bajo la protección del gobernador ó del alcalde, ya verá el país si esto es reacción de mentirijillas ó el retroceso más irritante y descarado que puede sufrir una nación gobernada por ese melifluido San Luis Gonzaga con melanas y lentes que se llama Silvela y ese general García (Polavieja por darse tono), fatídico San Pedro Arbués, inquisidor con faja y espuelas, tan propenso á quedarse encerrado en Parañaque cuando el enemigo hace fuego como á ordenar fusilamientos cuando lo ve inermes y maniatado.

BLASCO IBÁÑEZ

AL CANTAR EL GALLO

Al poeta Ferrari.

Siempre en la hora del peligro, al débil
el miedo aturde y ciega.
Jesús es la verdad; pero ¿qué importa?
Caífas es poderoso, y Pedro niega.

Por la canalla vil atropellado,
á los vivos reflejos
de las teas, pasar le vió el cobarde..
El gallo acusador cantó á lo lejos.

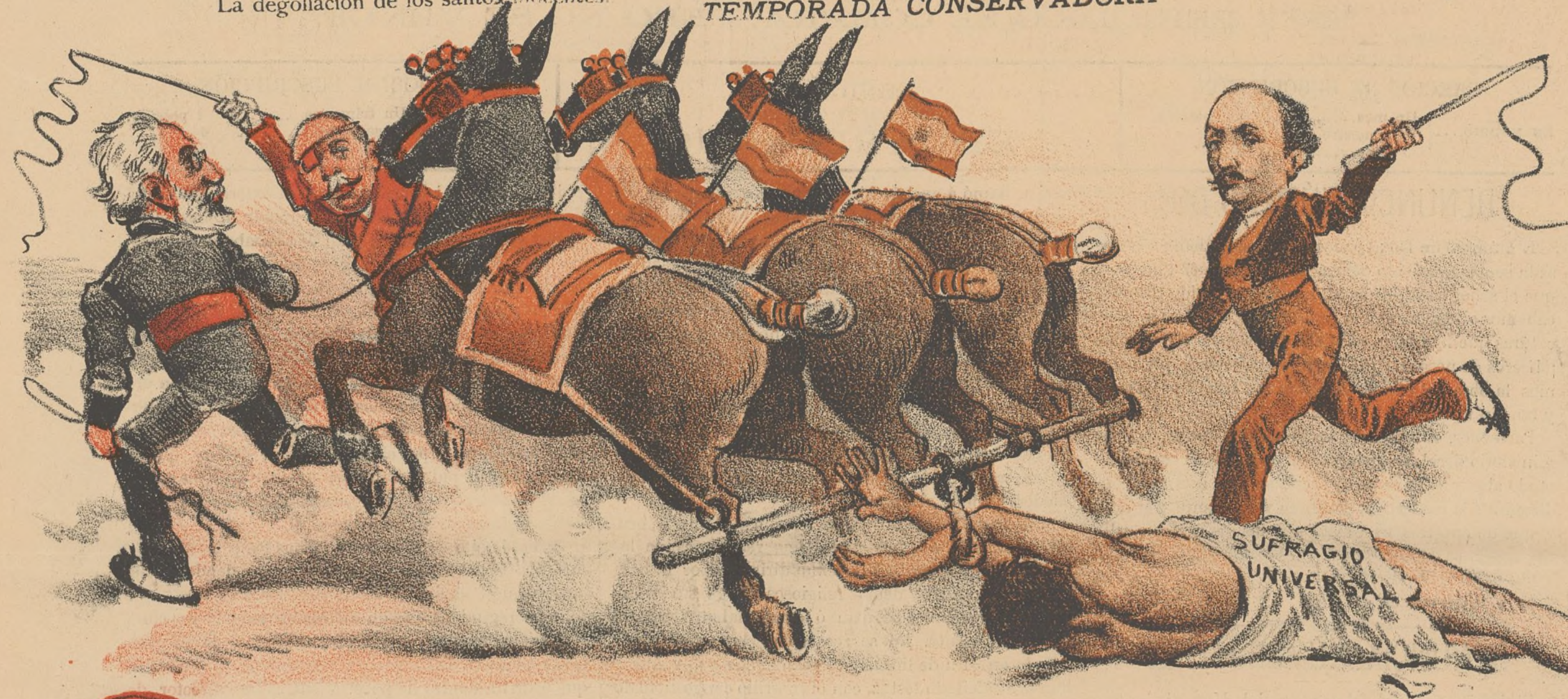
Ni una sola nación, de tu inocencia
dudaba, ¡oh, patria mía!

DON QUIJOTE

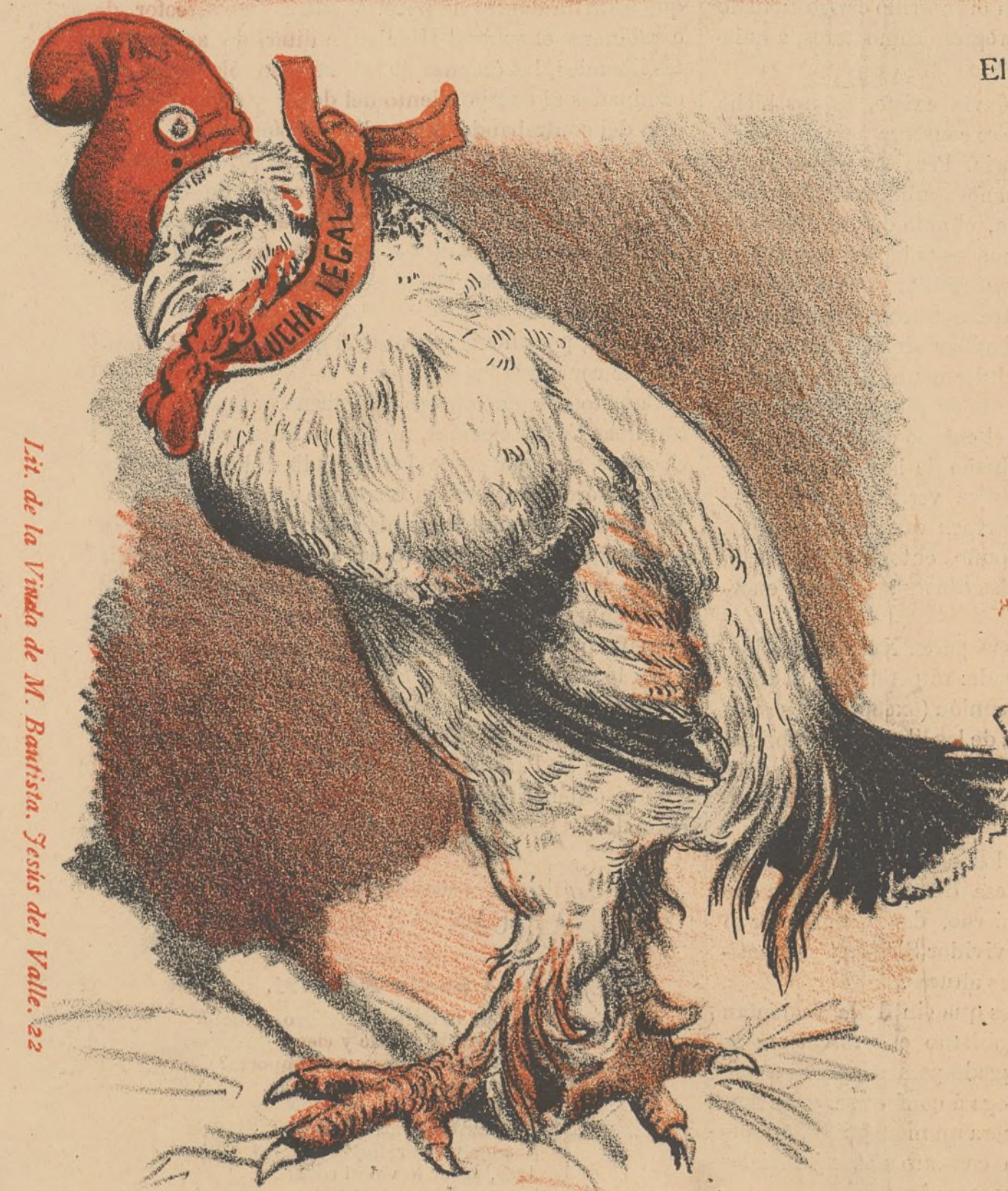


La degollación de los santos inocentes.

TEMPORADA CONSERVADORA



El arrastre.



Este gallo que no canta algo tiene en la garganta.



Huele mal, pero más vale meneallo.



En tierra de ciegos el tuerto es el rey.



—Buena va a salir la sinceridad de sus manos!



A un ladrón otro mayor



¡Oído a la caja!

y ni una sola, al verte calumniada,
tradujo en alta voz lo que sentía.

Todas, todas negaron conocerte;
y al sentir tu grandeza
tambalearse al choque del coloso
volvieron, por no verte, la cabeza.

Puso el miedo mordazas en sus labios
y vendas en sus ojos...
En la sombra agrupadas se digeron:
«Algo nos tocará de sus despojos.»

De tus despojos, sí. Como los grajos
pueden picotearte;
más de tu gloria, no; que no se roba
ni entre los salteadores se reparte.

Y, carne de tu carne, el Lusitano
te niega y abandona...
Y te niega el Germano, que algún día
te cínó con respeto su corona...

Y el Italiano, que en glorioso siglo
te rindió vasallaje...
Y cien Naciones que de tí aprendieron
á adorar á tu Dios en tu lenguaje.

Por la canalla vil atropellada,
á los vivos reflejos
del incendio, pasar te vieron todas...
El gallo acusador cantó á lo lejos.

RICARDO GIL

FILIPINAS

¡Cuánto debe sentir Mac-Kinley la ocupación del Archipiélago filipino! Sus generales hallan todos los días mayor resistencia en los indígenas. Los encuentran, no sólo bravos, sino también tenaces é inteligentes. Rara vez los vencen, y cuando lo consiguen pagan caro sus victorias.

Olvidó Mac-Kinley, como olvidaron aquí nuestros reyes, lo que puede un pueblo cuando lucha por su libertad y su independencia. Arro-tra, ya sereno, ya arrebatado, los mayores peligros, desprecia la muerte y aun halla dulce y decoroso dar la vida por la patria. Inflamado por su generoso ideal, siente no sólo enardecido el corazón, sino también aviva el entendimiento contra todos sus enemigos. Batallan éstos á impulsos de pasiones sórdidas, y no llegan nunca á igualarlos en ardimiento. Sólo por la superioridad de fuerzas—por el mayor número de batallones y el mayor alcance de las armas—llegan, cuando llegan, á dominarlos.

Ya dominados, son para el vencedor un constante peligro. Adiestrados en las fenecidas luchas, acechan sin cesar la ocasión de renovarlas; hacen tiranos á sus vencedores, y de la tiranía que éstos ejercen sacan motivos para otras guerras. Mac-Kinley, antes del rompimiento de hostilidades habría podido obtener del Archipiélago grandes beneficios para su nación, si lo hubiese declarado independiente, aun cuando lo hubiese hecho reservándose una intervención temporal para mientras se constituyera la república y se consolidara el orden.

Ahora, suponiendo que á la larga venza, sobre haber ocasionado la muerte de millares de sus conciudadanos y haber invertido en la guerra y en la indemnización á España fabulosas sumas, habrá de mantener en las islas un numeroso ejército y gobernarlas no con el espíritu de la Constitución, sino contra todos los principios en que esta Constitución descansa.

¡Qué caída la de los Estados Unidos! Eran una nación ajena á las pasiones de la vieja Europa, constituían la esperanza de los pueblos oprimidos; hoy no son más que una de tantas naciones opresoras, y de esperanza que eran, han pasado á ser un peligro. Se confía por algunos en que retrocedan, aleccionados por las presentes dificultades y reveses; lo vemos difícil, casi imposible. Más que los individuos se dejan llevar de amor propio las naciones: no cejarán, como los filipinos á su primera derrota no se presten á un convenio, renunciando á su independencia y aun á su completa autonomía.

Mucho tememos que no suceda otro tanto en Cuba, si los Estados Unidos se empeñan en prolongar su ocupación militar, aplazando el establecimiento de la República, sobre todo si Máximo Gómez abandona la isla. Grandes cosas habría podido hacer la gran República; venció á España por su decisión, y por su indecisión compromete ahora los frutos de su fácil y rápida victoria.

F. PÍ Y MARGALL.

LA MISERIA

(FRAGMENTO)

La miseria, la infame y abominable miseria, Pedro la conoció entonces, vivió con ella durante dos años. Primero fueron las criaturas que recogía en el arroyo, que la caridad de los vecinos le llevaban: muchachos, chiquillas, criaturitas abandonadas mientras que los padres y las madres trabajaban, bebían ó se morían. Con frecuencia el padre había desaparecido, la madre se prostituía; la borrachera y la crápula habían entrado con el paro del trabajo en el hogar y era la nidada arrojada al arroyo, los más pequeños reventando de hambre y de frío en la calle, los otros alzando su vuelo hacia el vicio y el crimen.

Y más tarde tuvo que penetrar desde la calle en los

tabucos, introduciéndose más cada día en aquel infierno, acabando por conocer todo su espantoso horror, sangrándole el corazón, como aplastado por una terrible angustia y una caridad vana.

¡Ah! la doliente ciudad de la miseria, el abismo sin fondo de la caída y del sufrimiento humanos!... Pedro descubrió casas sórdidas, callejuelas enteras de covachas sin luz, sin aire, húmedas como sótanos, en que se amontonaban, en que agonizaba envenenada toda una población de miserables. A lo largo de la escalera se balanceaba, los pies se escurrían sobre las basuras amontonadas; en cada piso, la misma desnudez se ofrecía, llegando á la suciedad, á la promiscuidad más baja; faltaban los cristales, el viento soplabá furiosamente, la lluvia entraba á torrentes; muchos dormían en el suelo sin desnudarse jamás; ni muebles, ni ropa blanca, una vida de bestia que se satisface y desahoga como puede, al azar del instinto y del encuentro. Allí dentro, amontonados, todos los sexos, todas las edades, la humanidad vuelta á la animalidad por la desposesión de lo indispensable, por tal indigencia que se disputaban á mordiscos las migajas barridas de las mesas de los ricos. Y lo peor era aquella degradación de la criatura humana, no ya el libre salvaje que iba desnudo y comía su presa en los bosques primitivos, sino el hombre civilizado, rebajado hasta el bruto, con todas las ignominias de su degradación, manchado, afeado, debilitado, en medio del lujo y los refinamientos de una ciudad reina del mundo.

Pero una noche de invierno, sintió Pedro sobre todo desbordar su piedad; en invierno son atroces los sufrimientos de los miserables, en los tabucos sin lumbre en que la nieve entra por las rendijas. Con el Sena helado, el suelo cubierto de escarcha, muchas industrias se paran por la fuerza; por los barrios de los traperos, obligados al reposo, bandadas de chicuelos andan con los pies descalzos, medio desnudos, hambrientos y tosiendo, tronchados por bruscas ráfagas de tisis. Encontró familias, mujeres con cinco ó seis chiquillos acurrucados los unos sobre los otros para entrar en calor, y que no habían comido desde hacía tres días. ¡Y aquella noche terrible en que penetró, el primero, en el fondo de un patio sombrío, en aquel cuarto espantoso en que una madre acababa de suicidarse con sus cinco pequeñuelos, por desesperación y por hambre, un drama de la miseria que durante algunas horas hizo pasar sobre París entero un estremecimiento de horror! Ni un mueble, ni un mal trapo, todo lo habían tenido que vender al prestamista de al lado; ¡nada más que el hornillo de carbón todavía humeante! Sobre una estera de paja deshilachada había caído la madre dando de mamar al más pequeño, un niño de tres meses, y una gota de sangre pendía como una perla en el pezón del seno hacia el cual se tendían los labios ávidos de la criaturita muerta. Las dos chiquillas, de tres y cinco años, dos rubillas muy monas, también dormían allí juntas el eterno sueño; mientras que los dos varones, de más edad, el uno se había quedado anonadado, la cabeza entre las manos, acurrucado junto á la pared, y el otro había agonizado en el suelo, defendiéndose como si se hubiera arrastrado á gatas para abrir la ventana. Los vecinos que habían corrido allí, contaban la trivial, la horrorosa historia: una ruina lenta, el padre sin trabajo, cayendo quizás en la bebida, el casero cansado de esperar, amenazando con el desahucio, y la madre perdiendo la cabeza, queriendo morir resolviendo á sus hijuelos á morir con ella, mientras que su hombre, desde por la mañana corría en vano por las calles. El miserable llegó á tiempo que el delegado empezaba las investigaciones judiciales; y cuando hubo visto, cuando hubo comprendido, se depomó como un buey aplastado por la maza, y se puso á gemir con una queja continua, tal grito de muerte, que la calle entera, horrorizada, lloraba.

Aquel grito horrible de raza condenada que se extingue en el abandono y en el hambre, Pedro continuó oyéndolo en el fondo de su corazón y de su cráneo, y aquella noche no pudo comer ni dormir. ¿Era posible aquella abominación, una desnudez tan completa, la miseria negra conduciendo á la muerte, en medio de aquel gran París, reventando de riquezas, ebrio de goces, tirando para el placer lo millones por las ventanas? Cómo ¡á un lado fortunas tan inmensas, tantos inútiles caprichos satisfechos, vidas colmadas por todas las felicidades, y al otro una pobreza encarnizada, ni siquiera pan, ni una sola esperanza, las madres que se mataban con sus niños de pecho á los que no podían dar más que la sangre de sus mamas agotadas! Y una rebeldía le sublevó: tuvo por un instante conciencia de la inutilidad irrisoria de la caridad: ¿de qué servía hacer lo que él hacía; recoger los niños abandonados, llevar socorros á los padres, prolongar los sufrimientos de los viejos? El edificio social estaba podrido en la base: todo iba á derrumbarse en el lodo y en la sangre: un gran acto de justicia podía sólo barrer el viejo mundo

para reconstruir el nuevo. Y en aquel momento sintió tan claramente la brecha irreparable, el mal sin remedio, el chancro de la miseria tan seguramente mortal, que comprendió á los violentos, dispuesto él mismo á aceptar el huracán devastador y purificador, la tierra regenerada por el hierro y por el fuego, como en otros tiempos, cuando el Dios terrible lanzaba el incendio para sanear las ciudades malditas!

EMILIO ZOLA.

LANZADAS

Periódicos denunciados durante la anterior semana.

Las Dominicales.

Progreso.

El Acabóse.

El Fusil.

Barcelona Cómica.

La Saeta.

Boccacio y

Don Quijote.

¡Y luego habrá quien niegue que este gobierno ha venido á regenerarnos!

Destitución de Ayuntamientos, procesos, cesantías, dimisiones... á la fuerza, circulares de Dato y de Durán y Bas...

¿Qué sucede?

¡El sufragio que pasa!

—Ya ha pasado la Cuaresma;

—La Cuaresma no ha pasado,
y si miento, que lo digan
esos pobres repatriados
que han ayunado, y ayunan
y seguirán ayunando.

¡Y dale!

No es cierto, como aseguran algunos periódicos, que haya «rozamientos» entre los Sres. Silvela y Polavieja.

Porque tanto el jefe del gobierno como el «héroe» de Filipinas y como los demás héroes del ministerio, están de acuerdo en todo aquello que se relaciona con la política.

Vamos que todos son unos...

—Si soy diputado, á España

yo la regeneraré.

—Antes quiero que me diga
quién le regenera á usted.

Ha ingresado en el partido conservador el conde de Villaverde la A'ta.

¡Vaya, se dan Villaverdes!

Gracias á que éste hasta la fecha no ha enseñado la credencial.

Signos de los tiempos.

Un periódico taurino da la noticia de que el matador de toros Antonio Fuentes ha comprado, para establecer en ella su domicilio, la casa en que nació el ilustre poeta Becquer.

¡Bah!

Todavía hemos de ver á Silvela comprando la Huerta...

Están para cubrirse en palacio veinticinco grandes de España.

Bueno, pues que acaben de ponerse el sombrero.

Porque pueden constiparse.

Los periódicos siguen lamentándose de que el gobernador no se haya enterado aún de que continúa jugando en Madrid como en los buenos tiempos de Aguilera.

Y de que haya aumentado la mendicidad.

Y los robos.

Y los asesinatos.

Pero lo que dirá el Sr. Liniers:

—Esas son *Líneas y Manchas*.

Afilándose las uñas
tenemos á los ingleses
con el propósito de
penetrar en nuestras mieses.

Quieren robarnos Canarias

—así, conforme lo digo—

Ceuta, en Africa, Algeciras,
Sierra Carbonera y Vigo.

¿Está enterado el gobierno
de esos planes de rapiña?
Pues si lo está, no le importa,
cuando no guarda la viña.

Atento á defender sólo
miserables intereses
lo que pasó con los yanquis
pasará con los ingleses.

Que por punible abandono
del gobierno, que nos asa,
entrarán en donde quieran
como Pedro por su casa.

Y el país ¿qué es lo que hace
en medio de tantos duelos?
Sufrir y calla. ¡De los mancos
es el reino de los cielos!

Libros:

Se han publicado los cuadernos 17 al 20 de la notabilísima obra *Diccionario de Modismos* de D. Ramón Caballero.

Precio de cada cuaderno dos reales.

Imprenta de A. Marzo, Apodaca 18. —Madrid,